

## **Imaginario social, comunicación e identidad colectiva**

**Daniel H. Cabrera**

Prof. de Teoría de la Comunicación  
Facultad de Comunicación  
Universidad de Navarra  
danhcab@yahoo.es

El concepto de “imaginario” (Castoriadis, Bazcko, G. Durand, Maffesoli, B. Anderson) constituye una categoría clave en la interpretación de la comunicación en la sociedad moderna como producción de creencias e imágenes colectivas. Lo deseable, lo imaginable y lo pensable de la sociedad actual encuentra definición en la comunicación pública. Por lo cual, ésta se convierte en el espacio de construcción de identidades colectivas a la manera de “verse, imaginarse y pensarse como”. Esta perspectiva permite entender las cuestiones de cultura como desde la reflexión de la identidad a la reflexión sobre la diversidad.

### **La autoinstitución como imaginario moderno**

En la modernidad la sociedad se formula la gran pregunta política: *¿cómo imaginarse y pensarse como sociedad autoinstituida para dominarse sin depender de ninguna fuerza exterior?* La sociedad moderna occidental se imagina con la necesidad y capacidad de fundarse en sí misma de manera autónoma. La identidad colectiva aparece, entonces, determinada por el *imperativo de la conciencia y la libertad*. En respuesta a este movimiento, en la filosofía política

surgen los conceptos de “ideología”, “conciencia y representación colectiva” y “sentido social” que participan en la inauguración de la disciplina sociológica como reflexión de la sociedad en tanto obra de los seres humanos. La reflexión sobre “lo imaginario social” se inserta en este contexto.

La respuesta a la pregunta política de la modernidad da lugar a la reflexión de las ciencias sociales que buscará comprender los “mecanismos” por los que es posible la construcción de la sociedad. El engaño inherente a ciertos saberes, las determinaciones estructurales de las ideas, las categorías de la “mente social”, los mecanismos de formación de ideas, las técnicas propagandísticas de gobierno, la religión como orientadora de conductas, los valores socialmente compartidos, las creencias, las “definiciones” de la realidad, son algunos de los temas y perspectivas que si bien están presentes en el pensamiento filosófico desde su nacimiento, sólo en la modernidad se articulan disciplinariamente como un cuerpo de problemas y doctrinas específicos, como respuesta a la conciencia de la sociedad como institución humana.

### **Autoinstitución e identidad colectiva**

Así la identidad moderna aparece ligada a la autonomía y la capacidad de autodeterminación y como contraste a la heteronomía y heterodeterminación medieval. La identidad colectiva se conforma como el conjunto de creencias compartidas por una sociedad que implican una visión de sí misma como “nosotros”, es decir, una autorepresentación de “nosotros mismos” como estos y no otros. Por ello se puede hablar de una “comunidad de los creyentes” que tienen una visión del mundo, una energía y unas imágenes en común. Es el “verse como” de Paul Ricoeur comentado por Sánchez Capdequí, o el “imaginarse como” de las “comunidades imaginadas” (cfr. Anderson 1983). Una representación de sí mismos como sujetos definibles y definidos que constituye el núcleo de lo que

para una sociedad será aceptable e imaginable. Por ello, las significaciones sociales que constituyen la identidad colectiva son “significados aceptados e incuestionables” por una sociedad, más aún son la “matriz” de esos significados. “Matriz” en dos sentidos: en el sentido femenino de *lugar en donde* se gesta y sostiene la vida (el vientre y la tierra); y en el sentido masculino de “patrón” *según el cual o de acuerdo al cual* se concibe (modelo o proyecto a seguir). Las “significaciones sociales” son, a la vez, el espacio y el modelo en el que y según el cual se conciben y alimentan nuevas significaciones y simbolizaciones.

### **Las funciones de las significaciones imaginarias sociales**

Básicamente las “significaciones imaginarias sociales” *funcionan*, en el sentido moderno y en relación con la sociedad, (1) instituyendo y creando, (2) manteniendo y justificando (legitimación, integración y consenso) y (3) cuestionando y criticando un orden social.

Las significaciones imaginarias sociales *instituyen* y *crean* un orden social a la vez que son *instituidas* y *creadas* por este mismo orden. La problemática de la institución y la creación social se encuentra inscrita en la tensión entre la *determinación* y la *indeterminación* sociocultural de estas significaciones. Entre la determinación social y la creación libre del espíritu se abre un campo que ha sido interpretado de múltiples maneras: determinación simple o compleja, causalidad y multicausalidad, influencia, correlación, afinidad electiva, entre otras propuestas.

Las significaciones imaginarias sociales también *mantienen* y *justifican* un orden social. Es lo que se conoce como los problemas de la *legitimación*, *integración* y *consenso* de una sociedad. Legitimación entendida como explicación, fuente de sentido y plausibilidad subjetiva; esto es, las significaciones sociales *muestran*, *contrastan* y *ocultan*, a la vez, una realidad social. Integración entendida como orientación y determinación de conductas; es

decir, las significaciones sociales *estimulan, permiten y prohíben* la acción social porque la propia acción ya es simbólica o significativa en la medida en que es humana. Y consenso formulado como el acuerdo que permite y facilita el dominio del entorno social. De modo que las significaciones sociales permiten, a la vez, el *dominio, adaptación y sometimiento* de los individuos sociales a un orden anterior y exterior a ellos.

Finalmente, las significaciones imaginarias sociales *cuestionan* un orden social a través de la *crítica, la reforma* y el *cambio* de una sociedad determinada. Tal cuestionamiento proviene de “otro lugar” o de “ningún lugar” como espacio de la esperanza o utopía.

Las funciones descritas se articulan entorno al orden y el cambio social como posibilidades, relativamente concientes y racionales, de existencia colectiva desde un nosotros entendido como realidad presente y esperanza de realización. Todo esto como consecuencia del paso de un monoteísmo religioso medieval a un monoteísmo racionalista moderno.

### **Imaginario, identidad y el imperativo de la significación**

Una sociedad existe “en tanto plantea la exigencia de la significación como universal y total, y en tanto postula su mundo de las significaciones como aquello que permite satisfacer esta exigencia” (Castoriadis 1975, 2:312). De manera que toda sociedad, para existir, necesita “su mundo” de significaciones. Sólo es posible pensar una sociedad como *esta* sociedad particular y no otra, cuando se asume la especificidad de la organización de un mundo de significaciones imaginarias sociales como *su* mundo.

Una sociedad concreta no es sólo una estructuración de condiciones materiales de sostenimiento y reproducción de vida sino, ante todo, una organización de significaciones particulares. Estas significaciones juegan un papel

definitorio de la “especificidad” histórica de *una* sociedad como *esta* sociedad y no otra. Desde este conjunto de significaciones, las condiciones materiales de vida son definidas como tales -“como condiciones”- entre muchas otras posibilidades materiales. Las significaciones operan desde lo implícito en las elecciones, en el hacer de los individuos y de la sociedad, como definitorias de una constelación de significados y fines en los cuales y desde los cuales se construye el mundo social como *este* mundo, *mi* mundo.

Tales significaciones no son producto de unas “determinaciones funcionales” o “economicistas” ni de las “necesidades” preexistentes a la propia sociedad y anteriores a los individuos. Las mismas determinaciones y necesidades, en tanto son *estas* determinaciones y *estas* necesidades, están configuradas en y desde la significación. Más aún, la idea misma de determinaciones funcionales y de necesidades es una institución significativa de la sociedad. Por ello, Castoriadis sostiene que estas significaciones tienen un “origen creativo” e “indeterminado” imposible de ser reducido a “determinación” social, económica o funcional.

Dicha explicación enfrenta, entre otros, los diversos conceptos de “ideología”, desde Marx en adelante, en tanto implican una determinación social del saber y de la significación. El concepto de “imaginario” destaca la dimensión de indeterminación última de toda significación a fin de dejar un espacio a la creatividad social radical. Y se reserva la determinación social para un sentido segundo respecto de lo imaginario radical.

La creatividad de las significaciones remite a “lo imaginario” como fuente de lo nuevo radical. Las significaciones sociales implican una determinabilidad infinita y última, imposible de ser “explicada” por pura determinación social funcional. El mundo de significaciones imaginarias de una sociedad es instituido, es obra de la sociedad y fundado en lo imaginario. Una sociedad se instituye instituyendo un mundo de significaciones. En ese sentido, las significaciones

imaginarias sociales, fundadas en “lo imaginario social”, se establecen como *condiciones de posibilidad y representabilidad* y, por ello, de existencia de la sociedad.

Como la sociedad, sus instituciones tampoco pueden ser explicadas suficientemente ni por la funcionalidad ni por lo simbólico. La funcionalidad de las instituciones no puede explicar, por sí misma, su propio “sentido” y “orientación específica”. Tampoco lo simbólico puede explicar la elección de un sistema particular de simbolismo entre los muchos posibles, y la autonomización de redes simbólicas. Lo imaginario social de una época dada da a la funcionalidad su orientación específica y fundamenta las elecciones de unos determinados simbolismos que le permiten su autonomización. Las significaciones imaginarias sociales hacen que un “mundo” funcional y simbólico (“el contemporáneo”, “de los griegos”, “los mapuches”, “los vascos”, “los catalanes”, etc.) sea una pluralidad ordenada, organizando lo diverso sin eliminarlo, haciendo emerger lo valioso y lo no valioso, lo permitido y lo prohibido para esa sociedad determinada.

Pensar desde “lo imaginario” permite entender la institución sin reducirla ni a su significación funcional ni a lo simbólico. Porque “más allá de la actividad consciente de institucionalización, las instituciones encontraron su fuente en lo imaginario social” (Castoriadis 1975, 1: 227). Desde “lo imaginario” se entreteje una “realidad institucional” con lo simbólico y con lo económico/funcional. Es así como las instituciones forman una red simbólica que, por lo anteriormente expresado, no remite al simbolismo.

La historia humana y las diversas formas de sociedad que se conocen están definidas esencialmente por la creación imaginaria, la cual evidentemente no puede ser catalogada como ficticia, ilusoria o especular:

“sino posición de formas nuevas, y posición no determinada sino determinante; posición inmotivada, de la cual no puede dar cuenta una explicación causal, funcional o incluso racional. Estas formas, creadas por cada sociedad, hacen que exista un mundo en el cual esta sociedad se inscribe y se da un lugar. Mediante ellas es como se constituye un sistema de normas, de instituciones en el sentido más amplio del término, de valores, de orientaciones, de finalidades de la vida tanto colectiva como individual. En el núcleo de estas formas se encuentran cada vez las significaciones imaginarias sociales, creadas por esta sociedad, y que sus instituciones encarnan” (Castoriadis 1996:195).

El “imaginario radical” de una sociedad o época considerada es el “estructurante originario” y “significado/significante central” que es *fuerza* de lo que se da como sentido indiscutible e indiscutido, *sopORTE* de las articulaciones y las distinciones de lo que importa y de lo que no, y el *origen* del exceso de significados de los objetos prácticos.

El “imaginario social” es el *fundamento* ilimitado e insondable en el cual descansa toda sociedad dada, la *condición de posibilidad* que jamás se da directamente y que permite pensar la relativa indeterminación de la institución y de las significaciones sociales. El imaginario social es el *conjunto de significaciones* que no tiene por objeto representar “otra cosa”, sino que es la articulación última de la sociedad, de su mundo y de sus necesidades: *conjunto de esquemas organizadores* que son condición de representabilidad de todo lo que una sociedad puede darse.

El imaginario no es “imagen”, sino condición de posibilidad y existencia para que una imagen sea “imagen de”. Y porque no “denota” nada y lo “connota” todo no puede ser captado de manera directa sino de manera derivada, como el *centro invisible* de lo real-racional-simbólico que constituye toda sociedad y que

se hace presente en la conducta efectiva de los pueblos y de los individuos. Por eso es una significación operante con graves consecuencias históricas y sociales.

Si la sociedad es la institución de un mundo de significaciones imaginarias sociales, esto supone un juego entre las significaciones de los individuos y las de la sociedad. “Juego” que no es sólo causalidad porque en la sociedad y en la historia existe lo no causal como un momento importante. Y esto desaparece en un tratamiento estadístico o típico ideal. Así ocurre, por ejemplo, en algunas explicaciones de la sociedad de inspiración weberiana en las que individuos y grupos actúan de manera que persiguen unos fines que les son propios y, sin que nadie considere la globalidad social como tal, obtienen un orden social totalmente distinto (el capitalismo).

“Todo sucede como si esta significación global del sistema estuviese dada de alguna manera por adelantado, que ‘predeterminase’ y sobredeterminase los encadenamientos de causación, que se les sometiese y les hiciese producir resultados conforme a una ‘intención’ que no es, por supuesto, más que una expresión metafórica, puesto que no es la intención de nadie. Marx dice, en alguna parte, ‘si no hubiera azar, la historia sería magia’... Pero lo sorprendente es que el propio azar en la historia toma la forma del azar significativo, del azar ‘objetivo’, del ‘como por azar’...” (Castoriadis 1975: 78).

Este “azar significativo” o “como por azar” puede hacer aparecer una sociedad concreta o la sucesión de sociedades históricas como coherentes y, a su vez, desde muchos puntos de vista, inexplicables. De este modo, en las sociedades aparecen significaciones que superan los significados inmediatos y realmente vividos, atribuidos a procesos de causación que, por sí mismos, no tienen necesariamente *esa* significación e incluso pueden no tenerla. Sin embargo, por



ese “azar significativo”, las significaciones de una sociedad aparecen vividas como evidentes e incomprensibles. “Incomprensibles” en tanto remiten a fines que no son “fines últimos”, significados que no son significados últimos. Las significaciones imaginarias sociales son, en este sentido, remisiones inacabables que se pierden en el tiempo de la memoria social y de la institución creativa.

Este mismo “como por azar” denominado “destino” (*fatum*) es, en su significación más estricta, el núcleo del mito y de la tragedia; porque es en ellos donde aparece, de formas diversas, la búsqueda de los caminos personales de cada mortal como instrumento indefectible de la determinación de los dioses. En el “fondo” de *esta* sociedad y de *este* mundo existe un conjunto de significaciones que lo hacen posible. En el “trasfondo” de esas significaciones, el imaginario social es el magma desde el cual se *condensan* y *solidifican* esas significaciones imaginarias en constante surgimiento.

En esta cosmovisión es incomprensible el concepto de la doctrina marxista de lo histórico-social, que pretende reducir el nivel de las significaciones al nivel de las causaciones. Así se da a los factores técnico-económicos la posibilidad de tener una racionalidad transhistórica o ahistórica, de tal manera que su funcionamiento como motor de la historia encarne una unidad clave de significación e interpretación. Esos mismos aparatos, operaciones y mentalidades económico-técnicas son “factores” en la medida en que forman parte de un mundo de significaciones imaginarias sociales. De lo contrario, no serían nada o, en todo caso, serían “otra cosa”. Hacer de un mundo imaginario social específico la clave de *la* sociedad, en su conjunto, supone no reconocer la propia sociedad como *esta* sociedad en su particularidad histórica.

La historicidad de la institución sociedad requiere pensar en lo imaginario radical y social, desde lo cual los actos humanos y las cosas puedan ser definidos en relación con una “orientación global” del hacer y el decir sociales que, a su

vez, es un aspecto del mundo de significaciones imaginarias de la sociedad considerada.

### **Institución e imaginario: lo instituyente y lo instituido**

Como ya se ha dicho, la sociedad sólo existe en tanto se instituye y es instituida y es impensable sin la significación. Sin embargo, sólo es posible acercarse a esta última con cierta plausibilidad en tanto se refiere a las significaciones *segundas* o sociedad instituida. No cuando se trata de significaciones *imaginarias centrales o primeras o sociedad instituyente*. Las “significaciones centrales” o “primeras” son creadoras de objetos y organizadoras del mundo, en tanto mundo ‘exterior’ a la sociedad como mundo social, e inherencia recíproca de ambas. En este sentido, la significación central de una sociedad debe ser considerada como lo que opera en lo implícito sin que necesariamente nadie piense en ella en tanto tal. Aparece en la búsqueda de una cantidad indeterminada de fines particulares coordinados para los participantes en significaciones parciales que enseguida se revelan como sobredeterminadas por esta significación central, a punto de instituirse. Esta significación central se deja aprehender, retrospectivamente, como condición efectiva.

Por ello, las “significaciones centrales” no establecen significaciones “de algo” ni, tampoco, a no ser en un sentido secundario, significaciones *agregadas a algo* o *referidas a algo*. Porque son estas significaciones centrales las que dan existencia, para una sociedad particular, a la articulación de objetos, actos e individuos que aparecen como heteróclitos. No podemos hablar de “referente” de estas significaciones en tanto instituyen el modo de ser de las cosas y los individuos como referidos a ellas. Significaciones que, en tanto centrales, no son necesariamente explícitas para la sociedad que las instituye. El imaginario central como imaginario instituyente no es ni formalizable, ni localizable como tal. Las

significaciones primeras aparecen presentificadas y figuradas, se hacen evidentes, por medio de la totalidad de las instituciones explícitas y las significaciones segundas de la sociedad que ellas instrumentan e instituyen. Por esto, las significaciones imaginarias centrales condicionan y orientan la acción y el representar social, en y por los cuales continúan ellas mismas alterándose, en un *feed back* continuo.

En tanto el imaginario central instituye la sociedad, ésta no puede evidenciarse más que *en y por* la institución; y lo social es simultáneamente lo que llena la institución, lo que se deja formar por ella, y lo que la fundamenta, la crea, la mantiene en la existencia, la altera y la destruye. Existe lo social instituido suponiendo siempre lo social instituyente. Es lo que se denomina “histórico-social”: unas estructuras e instituciones “materializadas” (sean materiales o no) y, por otro lado, *lo que* estructura, instituye, materializa. “En una palabra, es la unión y la tensión de la sociedad instituyente y de la sociedad instituida, de la historia hecha y de la historia que se hace” (Castoriadis 1975, 1:185).

La institución, en el sentido tratado aquí, es obra humana, es una creación original de lo histórico-social -colectivo anónimo- que sobrepasa toda producción posible de los individuos o de la subjetividad. La institución es una red simbólica, socialmente sancionada, en la que se combinan un componente funcional y un componente imaginario. La institución no es una creación de individuos designables sino del imaginario colectivo anónimo e instituyente o poder instituyente. Poder que nunca es plenamente explicitable y que se manifiesta en la socialización de todo recién nacido a través del lenguaje y de su mundo. El poder instituyente, como el imaginario primero o central, nunca puede ser explicitado completamente, en gran parte queda oculto en los trasfondos de la sociedad. Al mismo tiempo, toda sociedad instituye un poder explícito sin el cual no puede vivir. Este poder explícito está ligado a la noción de lo político. Un poder que reposa no tanto en la coerción como en la interiorización, por los individuos

socialmente fabricados, de las significaciones instituidas por la sociedad considerada.

La institución es necesaria por dos razones. En primer lugar, porque la institución (ley, *nomos*) se refiere a lo específico de cada sociedad. La institución-convención se opone al orden “natural” de las cosas (*physis*). Y, en segundo lugar, la institución-ley constituye a los hombres en tanto que no pueden existir fuera de la comunidad política (*polis*), la que a su vez es imposible sin ley. “El *nomos*, la ley, tiene siempre estas dos caras: es siempre la institución/convención de una sociedad determinada; es, al mismo tiempo, el requisito transhistórico para que haya sociedad” (Castoriadis 1999a:117). Por ello y en el contexto de la Teoría de la Institución Imaginaria:

“...la *institución primera* de la sociedad es el hecho de que la sociedad *se crea* a sí misma como sociedad y se crea dándose instituciones animadas por significaciones sociales específicas de determinada sociedad...(egipcia, hebrea, griega, etc.)... Y esta institución primera se articula en y se sirve de las *instituciones segundas* (lo que de ningún modo quiere decir secundarias), que podemos dividir en dos categorías. Algunas de ellas son, abstractamente consideradas y según su forma, *transhistóricas*. Tales son, por ejemplo, el lenguaje: ...no hay sociedad sin lenguaje; o el individuo: ...no hay sociedad que no instituya algún *tipo* de individuo; o la familia: ...no hay ni puede haber sociedad que no asegure la reproducción y la socialización de la siguiente generación... Y hay instituciones segundas que son *específicas* de determinadas sociedades y cumplen en ellas un papel absolutamente primordial, en tanto que son esenciales portadoras de aquello que es de una importancia vital para la institución de cada sociedad, sus significaciones imaginarias sociales” (ídem p.122).

La polis griega y la empresa capitalista, por ejemplo, son instituciones segundas específicas en tanto encarnan y son portadoras de las significaciones sociales centrales de la sociedad a la que se refieren. La textura concreta de una sociedad está entretejida por las instituciones segundas, las transhistóricas y las específicas.

### **Institución y autonomía**

La sociedad es institución, acción y efecto de instituir. Y, una vez que lo instituido es institución, se autonomiza según su propia lógica y en su supervivencia supera su “función” y “razón de ser” de manera que las cosas se invierten y lo que podía ser visto al comienzo como un conjunto de instituciones al servicio de la sociedad, se convierte en una sociedad al servicio de las instituciones. La acción de instituir supone que existe el poder de imaginar algo distinto a lo dado para poder desear y querer, y hay que desear y querer algo distinto a lo que está, para liberar la imaginación por ello, la autonomía es lo contrario de la adaptación a un estado de cosas.

La política es proyecto de autonomía individual y social, es actividad lúcida y deliberante que tiene por objeto la institución explícita de la sociedad y de todo poder explícito. De ahí que sea necesario, según Castoriadis, “*crear las instituciones que, interiorizadas por los individuos, faciliten lo más posible el acceso a su autonomía individual y su posibilidad de participación efectiva en todo poder explícito existente en la sociedad*” (Castoriadis 1990:90). De esto deriva el “imperativo práctico” “*deviene autónomo... y contribuye en todo lo que puedas al devenir autónomo de los demás*” (ídem. p. 78).

### **Comunicación y sociedad: de la identidad a la diversidad**

Frente al proyecto moderno de autonomía racional la actual situación política internacional aparece como “la amenaza de la irracionalidad de las culturas inferiores regidas por creencias superadas por occidente”. La racionalidad monoteísta de dominio se enfrenta de una manera nueva a la posibilidad de un politeísmo cultural. Frente a la abstracción y convencionalidad de la racionalidad moderna, la sociedad contemporánea se manifiesta como el espacio de los lazos “concretos” afectivos y tradicionales.

Como ha destacado Josetxo Beriain la condición de posibilidad del politeísmo moderno se encuentra en el proceso de desencantamiento del mundo caracterizado por: la fragmentación del arquetipo central y de la conciencia colectiva, la pérdida de monopolio cosmovisional de la religión, la transformación del destino en decisión, el antagonismo de valores, la radicalización de la angustia mítica y la esencial falta de seguridad ontológica (Cfr. Beriain 2000: 105-114). Desde estas condiciones la identidades dejan de estar fundadas en un origen común o en una estructura de experiencias para considerarla como un proceso relacional e incompleto, siempre haciéndose. Así lo explican los conceptos-figuras de “différance”, “fragmentación”, “hibridez”, “cruce de fronteras”, “diáspora” con los que se busca desde hace un tiempo explicar la cuestión de la identidad.

En este sentido, la proliferación de las diferencias es anterior a las “amenazas” de la inmigración, a la cuestión del género, el islamismo radical, etc. Están inscritas en el proyecto racional de desencanto del mundo y multiplicación de la razones-valores de la sociedad moderna. La comunicación debería constituirse en el espacio privilegiado donde la creatividad humana puede hacer emerger lo *deseable*, lo *imaginable* y lo *pensable* de la comunidad humana. Centrada en el “nosotros” racional occidental debería hacer posible la “descentración” frente a los “otros”.

## **Bibliografía mínima**

Anderson, Benedict (1983) *Imagined Communities*, Verso, London.

Beriain, Josexo (2000) *La lucha de los dioses en la modernidad. Del monoteísmo religioso al politeísmo cultural*, Anthropos, Barcelona.

Castoriadis, Cornelius (1975) *La institución imaginaria de la Sociedad*, Tusquets Editores, Buenos Aires, 2 Vol.,1993.

- (1990) *El mundo Fragmentado*, Colección Caronte Ensayos, Montevideo,1997.

Durand, Gilbert (1960) *Les structures anthropológicas de l'imaginaire: introduction á l'archétypologie générale*, Borda, Paris, 1969.

- (1994) *Lo imaginario*, Ediciones del Bronce, Barcelona, 2000.

Hall, Stuart; Gay, Paul du (comp.) (1996) *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, 2003.

Mattelart, Armand (1994) *La invención de la comunicación*, Bosch, Barcelona, 1995

Sánchez Capdequí, Celso (1999) *Imaginación y sociedad: una hermenéutica creativa de la cultura*, Tecnos-Universidad Pública de Navarra, Madrid.